

Taller: Los docentes y los programas de estudio: nuevas miradas y relaciones

Nombre de la docente: Aida del Carmen herrera Campos

Propósito: Evaluar el papel del docente en la comprensión y apropiación del Plan de Estudio 2022, desde una perspectiva deliberativa, para la elaboración colectiva del programa analítico.

Aspecto de mejora: De una práctica docente centrada en una perspectiva técnica-instrumental del currículo, que los posiciona como ejecutores de planes y programas de estudio, a una práctica crítica y reflexiva desde una perspectiva deliberativa del currículo para la toma de decisiones en colectivo sobre el programa analítico.

Reflexiones

Los docentes estamos viviendo cambios muy importantes que nos han sacudido y nos han sacado de nuestra zona de confort debido a transformaciones profundas en nuestra realidad. En las juntas de Consejo que llevamos a cabo actualmente los docentes analizamos la construcción del programa analítico. Las interacciones entre nosotros los docentes son mucho más enriquecedoras, nos involucramos más en nuestra labor debido a que cada quien necesita pensar, analizar, razonar en los contenidos, PDA (Procesos de Desarrollo de Aprendizaje) que llevaremos a cabo en nuestros salones relacionados con la elección de proyectos. Los diálogos giran en torno a la construcción del nuevo programa analítico, un proceso que ha removido las bases tradicionales sobre las cuales se estructuraba el currículo educativo. No es la primera vez que enfrentamos cambios significativos, pero el Plan de Estudio 2022, con su enfoque humanista y colaborativo, nos exige repensar no solo nuestras prácticas, sino también las creencias pedagógicas que las sustentan.

El modelo curricular era más estructurado, respondían al desarrollo de competencias delimitadas, distribuidas en secuencias divididas en bloques que pretendían la inserción de los estudiantes en los mismos trabajos de siempre. La escuela se concebía como una organización que operaba bajo criterios competitividad y mérito, donde el currículo funcionaba como una guía que dictaba qué enseñar, cómo hacerlo y en qué momento, con poco margen verdadero de autonomía. Existían pruebas estandarizadas como las de Enlace que pretendía construir una escala nacional de conocimientos y habilidades de los estudiantes. Este enfoque dejaba poco margen para la autonomía, en el afán de garantizar que todos los alumnos adquirieran los conocimientos básicos, dejando poco espacio para la diversidad en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Este sistema ofreció control en las aulas que estaban muy poco conectadas con la realidad de los estudiantes y sus comunidades. El currículo se encontraba ajeno a las problemáticas y aspiraciones particulares de cada contexto educativo, se enfocaba más a una media nacional.

La transición al Plan de Estudio 2022 planteó una ruptura significativa. Esta nueva propuesta reconoce al ser humano como el centro del proceso educativo, en tanto sujeto activo de conocimiento cuya experiencia y contexto cultural son esenciales para la construcción del aprendizaje. Asimismo, redefine el papel de la comunidad educativa, promoviendo la creación conjunta de significados dentro y fuera del aula.

El enfoque del nuevo currículo apuesta por la interdisciplinariedad, el aprendizaje situado y la integración de conocimientos. En lugar de fragmentar los contenidos en unidades aisladas, se nos invita a diseñar experiencias educativas que privilegien las conexiones auténticas entre las disciplinas, las habilidades prácticas y la vida cotidiana. Las estrategias de trabajo por proyectos, la utilización de materiales diversos y la deliberación colectiva han desafiado nuestras formas tradicionales de enseñar, obligándonos a explorar nuevas perspectivas pedagógicas.

La construcción colectiva del programa analítico ha sido un ejercicio enriquecedor. Los debates entre colegas, los desacuerdos y los momentos de incertidumbre han evidenciado la necesidad de fomentar el consenso y valorar el diálogo como herramientas fundamentales para la toma de decisiones educativas.

Uno de los aprendizajes que más ha impactado ha sido reconocer y valorar los contextos y experiencias de los estudiantes. Diseñar el currículo a partir de sus realidades y necesidades no solo les otorga un papel protagónico, sino que también fomenta su desarrollo como sujetos críticos y reflexivos. Para los docentes, este cambio ha representado una oportunidad para redescubrir el sentido del acto educativo: construir conocimiento en conjunto con los estudiantes y la comunidad. Esta transformación también ha planteado retos importantes. Implica repensar nuestras estrategias de evaluación, atender la diversidad en el aula y aprender a manejar la incertidumbre inherente a un modelo diferente, más flexible y dinámico

Lo que antes era un listado estático de objetivos y temas se ha convertido en un plan dinámico, lleno de preguntas y posibilidades. Este enfoque curricular no solo ha renovado mi práctica docente, sino que también ha reafirmado mi compromiso con la educación como herramienta para la transformación social y como persona.

El proceso de construcción colectiva del plan analítico ha sido una experiencia transformadora, llena de retos. Nos encontramos frente a una libertad a la que no estamos acostumbrados, un espacio donde la autonomía docente se ha convertido en un punto principal de nuestras decisiones. Este cambio, aunque estimulante, ha supuesto una confrontación directa con nuestras propias prácticas y costumbres.

La posibilidad de elegir de manera autónoma ha empoderado a los docentes como nunca antes. Cada uno de nosotros ha tenido que reflexionar profundamente sobre sus fortalezas, carencias y prioridades. ¿En qué debo enfocarme más? ¿Lenguajes, saberes específicos o habilidades transversales? Estas preguntas, que antes eran respondidas por lineamientos externos, ahora son una oportunidad y una responsabilidad. Decidir implica reconocer nuestras áreas de mejora y aceptar que nuestra práctica impactará directamente en la formación integral de nuestros estudiantes.

Se debe entender que el sentido de los proyectos debe estar profundamente arraigado en las vivencias y necesidades del momento. No se trata solo de elegir temas interesantes o atractivos, sino de identificar aquellos que resuenen con las realidades que enfrentan nuestros estudiantes. Este enfoque exige estrategias, sensibilidad, escucha activa y un vínculo constante con el contexto.

La posibilidad de trabajar desde tres ámbitos —el aula, la escuela o la comunidad— nos brinda una flexibilidad inédita, pero también añade complejidad al proceso de planeación. Cada ámbito implica dinámicas, recursos y objetivos distintos. Decidir desde dónde abordar un proyecto requiere analizar cuidadosamente las condiciones de nuestros estudiantes, las necesidades de la escuela y las posibilidades que ofrece la comunidad.

Un aspecto esencial en este proceso ha sido el reconocimiento de las diferencias contextuales. Las características de los niños pueden variar significativamente incluso entre comunidades cercanas. Lo que funciona en un grupo puede no ser adecuado para otro, lo que nos obliga a abandonar enfoques homogéneos y adoptar una mirada más específica y focalizada. Este ajuste constante requiere tiempo, diálogo y un profundo respeto por las particularidades de cada entorno.

Esta experiencia ha reforzado la importancia de construir en colectivo. El intercambio de ideas con otros docentes enriqueciendo nuestras perspectivas y nos ayuda

a superar nuestras propias limitaciones. La autonomía otorgada no significa aislamiento, sino colaboración. Cada decisión que tomamos tiene el potencial de convertirse en un ejemplo o un aprendizaje para el equipo, fortaleciendo no solo nuestra práctica individual, sino también nuestra comunidad educativa.

En este nuevo modelo, hemos aprendido que la libertad de elección trae consigo una gran responsabilidad, la cual es compartida. Planear desde y para el contexto requiere no solo habilidades pedagógicas, sino también una disposición constante para reflexionar, adaptarnos y aprender.

En el colectivo docente, cada reunión para definir, organizar y contextualizar los contenidos del plan analítico se ha convertido en un espacio tan enriquecedor como desafiante. No es sencillo de ideas tan distintas: cada docente trae consigo sus experiencias, sus prioridades, sus enfoques pedagógicos, e incluso, sus preocupaciones personales. Sin embargo, esa diversidad, que parecería ser un obstáculo, es nuestra mayor fortaleza porque apreciamos nuestras diferencias.

Uno de los primeros retos que enfrentamos fue conciliar nuestras visiones. Algunos docentes, acostumbrados a seguir lineamientos estrictos y predefinidos, se sentían incómodos con la libertad que ahora se nos otorgaba. "¿Por dónde empezamos?" fue una pregunta recurrente. La autonomía para decidir qué contenidos abordar y cómo organizarlos nos parecía, al principio, un terreno desconocido y un tanto incierto. Sin embargo, poco a poco fuimos comprendiendo que esta libertad no era un vacío, sino una invitación a construir desde nuestras comunidades.

El contexto es nuestra prioridad en nuestras discusiones. Estamos reconociendo que las necesidades de los estudiantes no son las mismas en todas las aulas ni en todas las comunidades. Un docente puede compartir cómo, en su localidad, los estudiantes enfrentan problemas relacionados con el basurero que se encuentra cerca de los hogares de los estudiantes que asisten a la escuela, mientras que, en otra comunidad cercana, los temas de la falta de agua son prioridad. Estos ejemplos nos recuerdan que no podemos partir de una planeación igual para todos; necesitamos ajustar los contenidos y proyectos a las características específicas de cada grupo. Incluso ni en los programas anteriores se pueden utilizar planeaciones de otros años para el mismo grado.

El colectivo se ha transformado en un espacio de aprendizaje mutuo. Las experiencias de los docentes en el desarrollo de los proyectos inspiran a otros a mirar más allá del aula. Entre todos construimos no solo un plan analítico, sino también una red de apoyo profesional. Los estudiantes y sus familias se convirtieron también en actores clave para guiar nuestras decisiones.

En conclusión, la construcción del nuevo programa analítico ha impactado en nuestra práctica docente, destacando la importancia de contextualizar los aprendizajes para que respondan a las realidades de los estudiantes. La autonomía docente nos ha brindado libertad para tomar decisiones responsables, mientras que la integración curricular ha permitido conectar disciplinas y habilidades de forma significativa. Además, el trabajo colaborativo ha enriquecido nuestras perspectivas, fortaleciendo la comunidad educativa y reafirmando que la educación se construye colectivamente mediante el diálogo y el compromiso compartido.